



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XXV)

Mi obsesión por el problema de la maternidad me hizo peregrinar de consultorio médico en consultorio médico, de echadora de cartas en echadora de cartas. Por fin, me decidí a consultar con Mme. Lisieux, una pitonisa de París que estaba entonces en Zaragoza dando un seminario sobre futurología. Me fui a Zaragoza y solicité audiencia. Mientras esperaba en la antesala me dediqué a examinar a los que esperaban. Un rostro no me era desconocido. Un caballero muy compuesto, con una calvicie galopante, feo pero de mirada magnética, con los ojos profundos y ojerosos. Hice un aparte con una señora que estaba haciendo la limpieza en el excusado y la pregunté:

—Dígame usted, buena mujer, ¿quién es ese caballero tan magnético?

—¿No lo sabe usted? Don José Ortega y Gasset.

Dijo la buena mujer mientras le echaba un chorrito de salfumán al agua del cubo.

—¿Y quién es ése?

—Un metafísico.

—¡Jolín! ¿Y eso da mucho?

—Muchas satisfacciones, señorita. Muchas. No hay nada como pedir consejo a un metafísico. ¿Usted sabe dónde tiene el on y el ontos?

—Yo sé dónde tengo lo que tengo. Estaría bueno.

—No se enfade. A mí ese señor me ha solucionado el problema de mi identidad. Ahora sé que yo soy yo y mi circunstancia. Es decir, yo y esto... Y me señala el cubo lleno de agua

son salfumán. De pronto, como en un acto de misteriosa solidaridad, se sacó un librito que llevaba entre los pechos y me lo metió en el bolso.

—Lea esto y verá las cosas mucho más claras.

Leí el título del libro: *España Invertebrada*, por don José Ortega y Gasset, y sentí un escalofrío en la columna vertebral. Regresé al salón, me senté y clavé mis ojos en el metafísico. De sus ojos salieron ondas metafísicas que se enroscaron en torno a las mías. Mirándome en aquellos ojos sentía un vértigo mil veces más hermoso que los vértigos del placer carnal.

—¿Cuál es su problema?

Le dije yo, muy directa, para que don José me revelara los motivos de su consulta a la pitonisa. Don José sacó una carpeta llena de cuartillas, las dispuso en el suelo a su alrededor, pidió un vaso de agua y me expuso su problema en una amena y larga conferencia. Quería saber quién estaría en 1923 en mejores condiciones para dar un golpe de Estado, si el general Primo de Rivera o don José Ortega y Gasset.

—¡Qué interesante!

Dije yo realmente entusiasmada. Pero entonces salió la recepcionista y me dijo: «Es su turno». Yo me levanté y miré a don José con sorpresa. El me fulminó con su lúcida episteme y con su desdenosa psique. Musitó con desdén mirándome el escote:

—No es esto, no es esto.

(Continuará)

«Pret-à-porter» bancario, no

Hagamos la pregunta ineludible: ¿Visten maravillosamente bien nuestros banqueros o no les caen las prendas? Bueno, eso depende. Hay de todo. Según el Banco que sea, claro. En unos visten al caviar; en otros, con deje tirilés y aperturas neoclásicas, y en los de más allá, como pueden. Conste que hablo de las centrales, donde está la crema, la nata y la guinda. En las sucursales ya sabemos que no es lo mismo. Mucho hortería es lo que se ve. Eso es. Mucho colorido pero poca clase.

Pero en las centrales hay mucha clase y la tira de competencia. Cada Banco lanza su moda. Es más, según el número de seguidores que vistan igual se destaca más un Banco que otro. Porque en política bancaria cuenta mucho eso de vestir la estampa, de seguir un patrón.

En efecto, cada Banco impone su estilo. Por ejemplo, en el Urquijo se trabaja mucho el terno liso, el diplomático y el «blazer» continental con caída libre. Eso

en invierno, pues para los regresos de Marbella se manda matar la famosa gabardina romana color caca de emancipacionista. Si, nunca falla el capullo en el ojal. Por su parte, el Ibérico luce a la italiana. Es el Banco que utiliza los tonos más atrevidos pero, eso sí, sin pasarse nunca, con un sello inconfundible de sectarismo. En el Popular, la sobriedad y austeridad en el corte reinan sobre cualquier posible floritura, aunque el aperturismo de las solapas y el chaleco pectoral otorgan al modelo un dinamismo espiritual notable. Casi siempre van con impermeable. Por la que pueda caer, se entiende. En el Exterior, Banesto y en el de España se gasta más bien la franela gris marengo sufrido y el socorrido azul marino de Covadonga. Estos son tres Bancos que no han acudido al último grito. Se diferencian entre sí en la ropa interior (en el Exterior y Banesto se usa el calzón tradicional, mientras que en el de España, «braslip» y camiseta Ocean). Calzado con suela de goma y li-

guero, esto para los tres. Luego están Vizcaya, Santander y Bilbao. Pero todos éstos no han alcanzado el nivel de participación de los anteriores en la feria de la moda. Les pasa lo que al Central y a las Cajas de Ahorro. Con tanta atención puesta en el cuentacorrentista medio han perdido lugares. Sus compras en los grandes almacenes a la hora de adornar la percha así lo demuestran.

En resumen, la Banca viste y calza como nadie. Va bien la cosa. Y se cuida, además. Ahora bien, he de advertir que el «prêt-à-porter» bancario, actualmente en estudio, puede hacer daño. Porque se tiende a la unificación. El llamado comunismo de la tela. Y entonces destacar, como ahora destacan en elegancia el Ibérico, el Urquijo, el Popular, el Banesto, el Exterior y el de España (por este orden), lo que se dice destacar, no va a ser posible. Cuidado, pues. Nada de «prêt-à-porter» bancario y más artesanía. No olvidemos que Europa está ahí, a la vuelta de la esquina. Y es importante presumir. Presumir más que una mierda en un solar.

JIMMY CORSO

